

crónica y semblanza



Marcelo del Castillo
Álvaro Castillo Granada

Un tiempo feliz en los cines desaparecidos

Marcelo del Castillo*

Cuando uno tiene quince años, está con muchas preguntas. En mi listado lo esencial era hallar la felicidad. Y creía seriamente –lo confieso– que ella llegaba como le sale a uno la barba o adquiere la mayoría de edad. Pero, no me daba cuenta, entonces, que algo parecido a la felicidad estaba ya adherida al entretenimiento más hermoso del siglo y paradójicamente más solitario: el cine.

Esa felicidad estaba pegada a los carteles de las películas y en las fotos de las estrellas en las marquesinas de las salas de los teatros, hoy desaparecidos, cuando observaba y esperaba en la fila para entrar. Y claro, la cinta escogida no podía ser otra que de charros mexicanos. Quien diga que su gusto personal por el cine no tuvo raíces en el cine mexicano y en “los tarros” de los barrios, que tire la primera piedra. En él aprendimos las primeras lecciones de estética visual. Los más interesados, nos ocupábamos, de un modo autodidacta, que quien hacía la película era un señor que casi nunca se veía en la pantalla y al que se le decía director. Mi gusto y la moda de la época, estaban en los gestos y tics de los pistoleros en los *westerns*. Por verlas, recorrí los teatros de barrio de Bogotá y conocí, de paso, con algo de susto, esta urbe que crecía con desmesura y, que parece no acabar de crecer, como cualquier adolescente. Entonces, en aquellos años, yo era mandadero en la residencia de la señora Rosalba Castro de Herrera que alquilaba cuartos a gentes de provincia y estudiantes, pero esto es otra historia. Por tanto: la felicidad estaba ahí frente a mis narices con mi asistencia semanal. Años después, sería casi diaria mi visita a los cines continuos de los desaparecidos Apolo, Ponce, Caldas y Copelia. Conocía al dedillo los cambios en la programación de todos los cinemas bogotanos. Por ejemplo: El Embajador era un cine de estreno (y aún es de los únicos sobrevivientes), como igual lo eran las salas: Opera-La Castellana, o Scala-Tisquesusa, o Metro Riviera-Teusaquillo-Metro, o Cid-Aladino-Trevi-Arlequín, o Colombia-Almirante-Sabana y Olympia-Libertador-Chicó. Después de cubrir estos circuitos, en función de cobijar el norte, chapinero y centro, la película programada pasaba al consabido reestreno y en simultánea a las salas más populares como San Jorge-Presidente; Eldorado-María Luisa-Sexta Avenida, o Faenza-Imperio y de allí continuaba su circulación hacia las salas de los barrios San Carlos-Mogador-

* Egresado del TEUC. Trabaja con la Red de Bibliotecas públicas del Distrito.

Miramar y se le añadía otra película de menor notoriedad y, generalmente, de regular calidad, motivando así al espectador a verla. Esta modalidad era el cine continuo en dobles. Y, si los *chinos* queríamos ir al cine de estreno, teníamos que pasar por los permisos y la categoría de la película. Cuántas veces tendría que sobornar al portero de marras para que me dejara entrar a una película para mayores. Existían cuatro categorías para la clasificación: la A, para todos. La B, donde podíamos ir los que ya mostrábamos bozo, ansiábamos la barba y teníamos nuestros primeros escarceos eróticos con las muchachas. La C, para la creciente franja de los jóvenes. Y la más legendaria: la D, para mayores de 21 años, que era, entonces, el tope de la mayoría de edad, tan esperada por mí para ver sólo cine de mayores, pues, la primera vez que logré acudir a una de estas películas, quedé prendado de ellas y, no fue tanto, porque hubiese escenas de cama, con los consabidos jadeos y ejercicios en posición horizontal, sino porque las encontraba mejores en calidad y contenido y, por supuesto, más interesantes. A mis hermanos les tocó en suerte las famosas de codificación D. Tantos anhelos de crecer y tener esos años, sólo por el gusto de ir a cine de mayores. Había familias enteras que llegaban, generalmente los domingos, con toda la *patota* a ver la película, obviamente de tema familiar o de aventuras, donde no hubiese escenas de alcoba (llamadas así con eufemismo, por no decir, eróticas o de desnudos). Entonces, la televisión no era tan generalizada y estaba en blanco y negro, y nadie especulaba con el concepto de aldea global.

La vida de estos años estaba cargada de mucho idealismo y fluía lenta en su tiempo. Empezaba a generarse la rebeldía juvenil, que después el propio cine se convertiría en el vehículo más poderoso de su expresión como lo fueron las películas: *Busco mi destino* de Dennis Hopper y el fenómeno musical de *Woodstock*. Bogotá tenía entonces 89 salas desperdigadas por sus barrios en el año de 1969 y su mayor concentración se daba en el centro. Cualquiera que paseara por la Carrera Séptima, que es la calle nacional por excelencia y casi el tronco de la nacionalidad colombiana, sabe como colombiano y bogotano, que debe darse un paseo ritual al que llamamos *Septimazo*.

Empieza por el principio –dijo el rey– luego, sigues; y hacia el final, detente. En la calle cuarta quedaba el teatro Santa Bárbara: hoy es un parqueadero. Después, se llegaba a la Avenida Jiménez con esquina de la carrera cuarta y se hallaba el Odeón: tuvo la suerte de convertirse en la sede del Teatro Popular de Bogotá y por esos malos hados que tiene a veces el arte y la cultura entregó sus terrenos a sus acreedores para pagar sus cuantiosas deudas. Sobre una de sus paredes lució durante muchos meses un graffiti que decía: “Amor mira un sueño menos”. Se acercaba uno al parque Santander y en el costado norte de la calle dieciséis estaba el Lido: fue de reestreno y, durante una época, se dedicó a proyectar las películas de Drácula que hizo célebre al actor Christopher Lee, que muchas y largas noches motivaron mis primeras pesadillas. Después fue el cine rotativo: se exhibía una sola película continuamente. Cuando cerró definitivamente sus puertas en 1993, se rehabilitó como locación de la película colombiana *La gente de la universal*. Hoy funciona una oficina de una entidad de ahorros. Se avanzaba hasta la calle diecisiete arriba de la séptima quedaba el Apolo, caracterizado por ser un cine continuo de dobles de películas mexicanas. Su sala vivió la misma suerte de su homólogo el Ponce, situado sobre la calle décima entre carreras doce y trece: dividieron sus enormes espacios para dar cabida a innumerables localitos comerciales. Eldorado es una palabra fabulosa que se inventaron los conquistadores españoles, ávidos por el oro y su quimérica riqueza. El teatro que lleva este pesado nombre sobrevivió muchos años, también de exhibir dobles mexicanos y de películas taquilleras. Alguna vez se suscitó un incendio y en otro suceso acaecido apareció un hombre muerto por desconocidas causas, después se con-



“El Bogotá construido en los setenta fue la sala de los censores que clasificaban las películas. Sobrevive de exhibir cine X. Al lado de él se yergue la majestuosa construcción de época: *Art deco*, donde se exhibieron todas las películas roqueras de la época de los sesenta y setenta”. Imagen tomada de <http://www.sxc.hu>

La vida de estos años estaba cargada de mucho idealismo y fluía lenta en su tiempo. Empezaba a generarse la rebeldía juvenil, que después el propio cine se convertiría en el vehículo más poderoso de su expresión

virtió en sala X cambiándole el nombre por uno más connotado al tipo de cine que empezaba a exhibir: *Splex Cine Oro*; cerró sus puertas en este año emblemático del 2000, pero ha sido reabierto por la vil necesidad de la sobrevivencia. Siguiendo hacia el norte sobre la misma séptima, entre las calles dieciocho y diecinueve, quedaba el Libia, otro cine de reestreno. Tuvo un cierre definitivo para después albergar una taberna y un gran almacén de ropa. Hoy funciona como casino al igual que el Metro Centro de cuyas últimas películas que exhibió fue la de un realizador colombiano especializado en el género del suspenso. La misma suerte corrió el Tisquesusa, también convertido en casino, los cuales, a los anónimos jugadores les despierta un suspenso enorme, sin saber muchos, que ahí antes era una sala de cine, brotando una ironía

vital: el suspenso propio de la trama cinematográfica se trasladó a las vivencias que sufren los jugadores anónimos en la vida real, esperando ansiosos la azarosa suerte.

En la calle diecinueve en el edificio Sabana funcionó el cine del mismo nombre, sus instalaciones sirvieron, después, para albergar el primer estudio privado de la televisión colombiana: los estudios Gravi, dándole un toque farandulero a su entorno porque descubrir a las estrellas de la pantalla chica como cualquier hijo de vecino sorprendía al público transeúnte creando tumultos. Frente al parque Las Nieves quedaba el Lux: aun se puede ver su aviso enorme que anunciaba los títulos de las películas, también de reestreno y el más popular de la ciudad. Por su espectacular pantalla se exhibió toda gama de géneros que encierra el cine mundial. Después, los roqueros locales se presentaron con sus bandas estrafalarias en los tres últimos años de su larguísima existencia, con regular éxito. Con un toque de distinción del más depurado surrealismo posmoderno colombiano: muestra la más grande pantalla al entrar al enorme parqueadero cubierto que hoy es. En 1997, se usó en algunos exteriores de la película colombiana *Soplo de vida*.

El Mogador fue un cine de reestreno y dobles continuos que hoy sobrevive presentando dobles de cine porno, al que asisten espectadores solitarios. Nadie admira sus mármoles italianos auténticos como sus voladuras y capiteles. La soledad del asistente atravesado por las imágenes lubricas del viejo ejercicio del metesaca, no deja levantar la mirada para observar la magnificencia de la obra arquitectónica que aún guarda. Se puede crear una frase: el bosque de los pubis no deja ver los árboles de su arquitectura. Lo que van a ver los ávidos presentes son otros árboles, otras voladuras, otros capiteles. Sobre la calle veintidós se concentran aún tres salas de cine que en su tiempo fueron especiales: El México con su natural programación de cine mexicano. Acercarse a ver los afiches con los nuevos títulos que ofrecía en una vitrina esquinera del edificio era enterarse con anticipación cómo iban entrando en decadencia los ídolos de mi niñez, como los de la ya legendaria Nueva Ola: Clavillazo, Tintán, Viruta y Capulina, Resortes, Cantinflas, las gemelas españolas: Pili y Mili, César Costa, Alberto Vázquez, Enrique Guzmán, Silvia Pinal; la larga saga de las películas de *El látigo Negro* que a duras penas todavía lograban mantener su imagen de leyenda. Esta sala tuvo un mejor destino, pues fue adquirida por una universidad y convertido su amplio espacio en un auditorio central, que junto a su salita

de ensayo, llamada otrora Cinema Azteca, programa en el presente un cineclub diario.

El Bogotá construido en los setenta fue la sala de los censores que clasificaban las películas. Sobrevive de exhibir cine X. Al lado de él se yergue la majestuosa construcción de época: *Art deco*, donde se exhibieron todas las películas roqueras de la época de los sesenta y setenta. También exhibió todo el espectro del cine en sus géneros y, es en la actualidad, el único sobreviviente en la ciudad que se mantiene de programar las películas comerciales en dobles de cine continuo, por la módica suma de \$2500. Existe una iniciativa privada de convertirlo en la sede natural de la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano. Durante El Festival Iberoamericano de Teatro, se adapta su espacio para el montaje de obras y funciones especiales. Una sala especial también era el teatro Ariel; fue de estreno, reestreno y cine continuo. Por último, sobrevivió durante largos años por funciones de estripticeras criollas. Cerró para siempre y su edificación está derruida en un oscuro sector, habitado por mujeres que tienen el oficio de esperar a sus clientes en la calle, en el barrio Alameda. Un mejor destino tuvo el teatro Colombia, sobre la séptima entre calles veintidós y veintitrés, al comprarlo el Distrito Capital, cuando era *Distrito Especial*, en el año de 1972, rebautizándolo Jorge Eliecer Gaitán, en memoria del caudillo bogotano asesinado, que arengó con sus más encendidos discursos improvisados y partidistas en el desaparecido Teatro Municipal que fue incendiado en los disturbios trágicos del famoso bogotazo en el año de 1948. Éste ha sido remodelado posee una de las mejores acústicas y una de las proyecciones más modernas y sofisticadas implementadas en el sistema dolby y es sede anual de la apertura y clausura del Festival de Cine de Bogotá.

Los exhibidores le extraían todo el jugo taquillero a una cinta. El Metro Teusaquillo tuvo en exhibición exclusiva y cerca de un largo año la película: *La Novicia Rebelde*. Caso parecido era la cinta sueco-francesa titulada *La noche más caliente* en el teatro Tequendama, que desde entonces, ya se caracterizaba por exhibir solo películas de sexo explícito, entonces llamado cine rojo. Otra sala exclusiva lo era el Cine Coliseo, en pleno Centro Internacional, que sólo exhibía la producción francesa de la época y quienes pudieron ver allí toda la filmografía de los nuevos realizadores franceses como Chabrol, Truffaut, Godard, que le dieron un sacudón mundial al cine con sus renovadoras propuestas enmarcadas en lo que se llamó La Nueva Ola. Hoy, lastimosamente, esta sala como otros teatros de este inventario de nostalgia con los cines desaparecidos, sobreviven de exhibir pornos italianos como también lo hacen El Atenas, El Novedades, que al principio de la década de los setenta, exhibió una obra de teatro de solo desnudos, llamada *Oh Calcuta*, que causó revuelo y fue la comidilla del momento porque intervino hasta la jerarquía eclesiástica de la iglesia prohibiéndola y amenazando con excomulgar a los fieles, porque sus funciones coincidían con la Semana Santa de la época. Otra sala memorable para mí y de reestreno: el Cine Presidente que quedaba sobre la carrera décima entre calles novena y décima y, seguramente llamado así, porque a tres contadas cuerdas se hallaba la Casa de Nariño: residencia presidencial. En él vi una película inglesa donde oí hablar por primera vez en mi vida sobre la Colombia de la época: un país exótico con un aura tropical y, por supuesto, en la trama de la historia, se trataba de recuperar un botín del cual hacían parte esmeraldas colombianas. Sentía un regocijo infantil al leer en los subtítulos la mágica palabra *Colombia* y de uno de sus recursos minerales, especie de insignia nacional: las esmeraldas. Hoy, el local del otrora cinema, es un gran esperpento de galpón gigantesco con la variedad más disímil de juegos de tejo, rana y billares para los contertulios del vecindario atiborrado de prenderías cerca de la célebre, triste y sórdida calle del cartucho en el viejo sector de San Victorino.

Un cine que dejó de tener dolientes y que también era espectacular fue el Olympia. Conservaba su aire de grandiosa sala y a través de su vida pública de exhibiciones fue re-

modelado, refaccionado y reconstruido. Para cerrar definitivamente sus puertas y apagar sus proyectores en un día olvidado por todos. En el presente su local está cerrado pero durante un tiempo funcionó un almacén de productos para oficina, que quebró, y nadie se acuerda que ahí se vivieron los gritos más ensordecedores y divertidos del público al ver la película *Tiburón* que causó tanto revuelo en su estreno.

De los cines que se convirtieron en sedes de iglesias cristianas: Ideal, Opera, Trevi, Metro Riviera. De los que se convirtieron en grandes bodegas: Sexta Avenida, Encanto, Ezio, Santander, Ayacucho. De los que les tocó una mejor suerte y los reconvirtieron en sedes de compañías de teatro: La Comedia, sede del Teatro Libre, el San Carlos, en el teatro La Carrera, Santa Fe, en la sede de otra compañía de teatro, La Castellana en una de las sedes del Teatro Nacional como lo mismo el desaparecido Chile convertido en sala y oficinas del mismo Teatro Nacional, organizador del Festival Iberoamericano de Teatro. El Arlequín, de un grupo de teatro. El Americano, en la sala de ensayos de la orquesta sinfónica juvenil. Capitol, en un auditorio de una universidad. El Miramar, en la sede comunal para los eventos de los padres teresianos en el barrio Santa Teresita, Palermo, un club de billares, Copelia, acondicionado en un supermercado, Lucía, en un enorme almacén de calzado. De los que definitivamente desaparecieron: Almirante, Cádiz, Cinema El Lago, Bacatá, Scala, Aladino, California, Alameda, Cinema Roma, Caracas, Real, la Pradera, Calypso, Iris, Santa Bárbara, Santa Lucía, Quiroga, Rivoli, Rialto, Ponce y Cataluña. De los que no tienen ningún destino: Cinema Roma, Ariel. De los de reciente desaparición, El Cid. De los viejos supervivientes: Libertador, Astor Plaza, Royal Plaza, Cinelandia, Metropol, Patria y Radio City. De los que se reconvirtieron en salas X, a más de los ya nombrados: Cine Esmeralda, La Carrera, Prado. Sobre el terreno de lo que fue el Cine Imperio, Cine Colombia construyó las salas gemelas de los modernos cines Chapinero 1 y 2, durante los años setenta.

Dentro del programa que desarrolla la Dirección de Cinematografía del Ministerio de Cultura, existe un ítem para rescatar las salas de cine. Ojalá los dueños del San Jorge, que es una obra arquitectónica, puedan reabrir su teatro y de paso ayudar a rehabilitar el entorno de la calle quince sobre la carrera quince en el centro bogotano.

Deja un sabor de nostalgia saber que en estos cines desaparecidos, se los recuerda con familiaridad, porque en sus lugares se vivió la emoción de una película que dejó momentos imborrables en la memoria, que hierve de reminiscencias con ese pasado. La tendencia mundial de hoy es que la vida social se trasladó a los centros comerciales, que vienen a ser el nuevo punto de encuentro de las comunidades urbanas masificadas. Para un ejemplo de esta nueva tendencia de la vida urbana, lo ilustro en el pueblecito de Fontibón, al occidente de Bogotá que tuvo tres salas de cine: Bolívar, Milán y Avirama. Este último, apagó sus proyectores el año pasado al ver que los espectadores definitivamente no volvieron al viejo cine de su barrio. Ahora prefieren, desplazarse en colectivo y acudir al contiguo centro comercial Salitre, en el occidente de la ciudad, para ir a cine en salas más pequeñas y personalizadas, pero iguales en la intención de dar paso a las historias que nos llenan de emoción, en ese imaginario colectivo de risas y lágrimas, de penas y alegrías que constituye el mejor entretenimiento que nos legó el siglo pasado. El cine que nos genera aún cierta parte de la felicidad tan anhelada por todos...

Blog: www.mispropiasescribanias.blogspot.com ■